4

LA NOVELA DE NOCHE



1 pta.

LA HIJA DE LA CORTESANA

POR EL CABALLERO AUDAZ

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo, (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 4 pesetas.

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, 4 pesetas.
El hijo legal, por Artemio Precioso, 4 pesetas.
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, 5 pesetas.
La España chica, por José Cuartero, 4 pesetas.

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de marzo de 1924. Núm. 1.

LA HIJA DE LA CORTESANA

POR

EL CABALLERO AUDAZ

ILUSTRACIONES DE *PENAGOS*

UNA PESETA

M A D R I D

SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.

Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.

1 9 2 4

A MANERA DE PRÓLOGO

La literatura erótica.—Los envidiosos y los pedantes.—El homenaje de las mujeres.—Recuerdos de mocedad.—Las interviús y las novelas.—José María el triunfador.

Artemio Precioso, este gran amigo, tan efusivo y tan cordial, acaba de originarme una profunda pesadumbre pidiéndome unas cuartillas preliminares para esta hermosa novela de José María Carretero. El lector malévolo y suspicaz —si alguno se atreviese a tanto—que, leyendo estas líneas, dibuje una sonrisa de ironía, entendiendo que puede ser una pesadumbre para mí el escribir elogios al arte de novelista de Carretero, no hará con su estúpida malicia sino probar que nos desconoce a todos: al director de La Novela de Hoy, *al autor de* La

Sinventura *y al escritor modestísimo que va pergeñando este prólogo. A Artemio Precioso, porque él conoce muy bien el altísimo valor artístico de* El Caballero Audaz*—y por eso le ha elegido para principiar con una novela suya la publicación de los volúmenes de esta inquietante y sugeridora* Novela de Noche*—; a José María Carretero, porque su fuerte y singular y modernísimo temperamento de novelista es excepcionalmente acreedor a los más sinceros homenajes, y a mí, porque no soy yo de esos botarates, roídos de envidia y de fracaso, que aprovechan el hablar de un artista en pleno triunfo para lucir, con más o menos torpeza, una inocente y desacreditada ironía, por la que se les echa de ver la pesadumbre que les corroe ante el prestigio y ante el bien ajeno, que ellos no tendrán nunca porque seguramente no los merecen.*

Esta aclaración, que pudiera parecer innecesaria, viene como anillo al dedo en esta sazón, ya que algunos lamentables "kamarrupas", en unas interviús más lamentables todavía, intentan poner de moda—deforme y nauseabundo intento—el zaherir con embozada mordacidad de impotentes a la misma persona interviuvada. Estos balbucientes y antipáticos intentos—manifestación la más vituperable y ruin de la incapacidad—no pueden avenirse con la recia y varonil lealtad de mi carácter, que es el carácter llano, transparente y sin embozos de un hombre que no puede dejar de serlo.

La pesadumbre de que yo dije antes es sólo la naturalísima que ha de producirme el escribir para José María Carretero un prólogo tan a la pata la llana y tan a salga lo que saliere como he de escribir éste que voy presentándote, por exigencias del poquísimo tiempo que para ello se me concede y por lo muy ocupado que tengo en estos momentos el mío, lleno como estoy de muy diversas e inexcusables solicitudes. Esta, nada más, es mi pesadumbre. Quede, pues, explicado el sentido que quiero dar a la palabreja, y ojalá no se me hubiera ocurrido escribirla, porque el haberla escrito tan sin caer

por el pronto en ello ha sido causa de esta extensa y fatigosa digresión.

Y vamos a lo más interesante. Artemio Precioso, el sugestivo escritor y editor sagacísimo, que ha llegado con extraordinaria celeridad a la celebridad (no te hagas un lío, compañero linotipista), incansable en sus empresas e infatigable en sus estímulos, inaugura hoy, con las páginas inquietadoras y apasionadas de La hija de la cortesana, *una biblioteca más. He escrito "una biblioteca más", y aquí va a ser necesaria una nueva digresión. Por lo visto, no es el compañero linotipista quien va a hacerse un lío, sino yo.* La Novela de Noche *no ha de limitarse — ni ello es posible, dadas las acertadas iniciativas de su ilustre director—a ser una biblioteca más, una de tantas bibliotecas como si dijéramos.* La Novela de Noche *ha de ser una publicación de un interés y de un valor extraordinarios, plena de pasión y de emoción, de elegancia y de mundanismo, en la que colaborarán los novelistas más buscados y más queridos por el público.*

La literatura erótica, tan en boga en el universo entero, ahora y en todas las épocas y en todas las ciudades del mundo, será la que culmine en esta seleccionadísima colección. Obsérvese que decimos "literatura erótica", bien distinta por su arte, por su belleza, por su exquisitez y por su alcurnia, de la "literatura pornográfica". Emilio Carrère, en un artículo tan admirable como todos los suyos, ha establecido bien las diferencias entre una y otra literatura, si es que literatura puede llamarse a los exabruptos, que ni siquiera son relinchos, que andan por esas páginas del diablo. Emilio Carrère—sobre cuyos cimeros y diamantinos prestigios han intentado babear también los impotentes con la baba pestífera de la envidia y de la derrota—ha puesto muy en su punto lo que es un escritor erótico y lo que es un escritor pornográfico.

Escritores eróticos, entre los modernos—para no acudir a otros tiempos, donde hallaríamos los ejemplos a docenas—, son Gustavo Flaubert, Pierre Louy, Guy de Maupassant, Juan

Lorrain, Oscar Wilde, Gabriel d'Annunzio, Guido de Verona... Entre los nuestros, sin la injusticia corriente de olvidar a López Bago —que fué cronológicamente el primero tal vez de estos últimos tiempos—, figuran escritores del mérito de Felipe Trigo, José María Carretero, Pedro Mata, Emilio Carrère, Alberto Insúa, Joaquín Belda, Artemio Precioso...

Grecia y Roma, las cumbres del clasicismo y de la belleza de la antigüedad (antigüedad eterna) llenas están de páginas eróticas. El renacimiento italiano, con sus artistas imponderables, con sus cardenales únicos, con sus cuentistas maravillosos, con sus poetas altísimos, es erótico también. La novela picaresca española, que es—con la literatura mística—lo mejor, acaso, de las inmortales letras castellanas, está plagada de donosas y eróticas escenas...

¿En dónde, pues, han de apoyarse, con visos de seriedad y de solvencia, para romper contra los erotismos literarios, todas esas patrullas de pedantones y misóginos, con gafas y con barriga, fabricantes incansables de una literatura

aburrida si las hay, que de algún tiempo a esta parte vienen, hipocondríacos y soporíferos, dando palos de ciego sobre todos los libros eróticos que el público—no en una perversión, como se dice, sino en una artística orientación del gusto—arrebata a los editores de las manos?

¿Es que por alguien que no sea majadero puede recusarse la literatura, verbigracia, de Flaubert o de D'Annunzio?...

Ya escucho la voz conocida del pedantón: "¡Flaubert y D'Annunzio, claro!... ¡Esos, sí!... ¡Pero Trigo!... ¡Pero Carretero!... ¡Pero Mata!..."

¡Alto ahí, señores míos! El alma en los labios *es una novela formidable.* La Sinventura *nos cala de emoción hasta los tuétanos.* Irresponsables *puede codearse muy gallardamente con cualquier obra maestra de su índole...*

Con lo que voy escribiendo tan al correr de la pluma, sin el más insignificante propósito de dar a esta divagación la menor trascendencia crítica, ¿quiero decir que sólo la literatura erótica es la que debe imponerse a nuestra de-

voción y a nuestros entusiasmos? ¡Qué disparate! La emoción, la pasión, el arte, la gracia, el interés, tienen muy diversos caminos y acentos muy diferentes en literatura para exaltar nuestra admiración y afianzarse en nuestro respeto. Yo no puedo caer en esa estupidez y en esa injusticia. Eso sólo podría entenderlo y atribuírmelo alguno de esos pedantes terrosos y amazacotados como ladrillos, de los que alguna vez—y por cierto con muy buena gracia—se ha burlado Mariano Benlliure y Tuero.

Anatole France y San Juan de la Cruz, pongo por tipos desemejantes, caben juntos en mis devociones y en mis admiraciones de artista. No. Yo no puedo cometer tan graves sacrilegios literarios. Lo que ocurre—y esto sí que puedo decirlo sin recato—es que a mí me interesan extraordinariamente los escritores eróticos, porque me parece que son los que mejor están en contacto con las más humanas, profundas y misteriosas pasiones; más en mitad de la calle y del mundo, más en relación con la verdad de los sentimientos, más azotados y

acariciados por todos los vientos y todas las brisas de la vida... De otro modo, no hubieran podido escribirse muchas de las novelas que se han escrito. Y como a mí, temperamentalmente, me interesan más las calles que las bibliotecas—aun amando los libros, mucho—, y más las mujeres que la metafísica, y más el amor que el imperativo categórico de Kant, y los viajes y las aventuras más que el binomio de Newton, resulta que la literatura erótica—erótica, y no pornográfica—tiene toda mi fervorosa predilección.

Por otra parte, en este laboratorio de almas, en esta clínica espiritual que debe ser un bufete de abogado, los enfermos y las reacciones anímicas que han venido presentándose ante mí han robustecido y afirmado en mi pensamiento esta creencia antigua: la de que el mayor número de las pasiones humanas—infamias, abnegaciones, heroicidades—giran alrededor de un misterioso y formidable resorte erótico, alrededor del amor sexual—algunas veces hasta insospechado y enmascarado con una

máscara de inocencia—, de ese tremendo e inagotable amor que juega con los hombres y con las mujeres.

Yo he escrito precisamente en La Novela de Hoy, *que, como todos sabéis, dirige* también y tan bien *(excusadme el juego de palabras, al que soy, como Quevedo, muy aficionado) Artemio Precioso, una página de la que no quiero avergonzarme. Se pinta en ella un tipo de mujer, y escribí pintándola: "Como casi todas, Sacramento, aunque por modo inconsciente, cuando más dolorida y desesperada se revolvía contra sí y contra todos era cuando imaginaba a Eduardo desnudo en otros lechos y delirante por otras caricias. Las mujeres se pasan la vida diciendo que defienden el amor de un hombre, y lo que defienden es su sexualidad, que es acaso el completo y verdadero amor. Ellas pueden perdonar que sus amantes hablen lírica y dulcemente con otras mujeres, que se embriaguen con ellas de espiritualidad, que con ellas trasieguen los ensueños más románticos y las más puras emociones de sus almas; lo que ja-*

más perdonan es que sus amantes se entreguen a otras con el cuerpo... Y es que, a pesar de cuantos sermones y paráfrasis corren a este respecto por el mundo, apestando a insinceridad y a gazmoñería, siempre es el sexo, cimero en lo más alto y enterrado en lo más profundo de las pasiones humanas, lo que nos liga con la fatalidad y con el destino. Nos engañamos con bellas y con armoniosas mentiras, y al fin tenemos que volver a esta verdad, más armoniosa y más bella que ninguna. El, el sexo, nos tiraniza y nos diviniza. Todo gira en su derredor. Todo lo fecunda y lo ordena. Todas las heroicidades, todas las infamias, todas las grandezas humanas tienen sus más fuertes raíces en la infinita vida sexual, en el misterio indescifrable, el más dulce y violento de la Naturaleza: en el sexo, que es el eje formidable del mundo..."

* * *

José María Carretero es una figura interesantísima y excepcional en nuestro retablillo

literario. Atlético de alma, de músculos y de pensamiento, ha luchado bravamente contra todas las asperezas de la vida, y en plena y lozana juventud ha llegado hasta donde sus méritos singularísimos le reclamaban. Con igual desdén y fortaleza, con el mismo ánimo entero y comprensivo, ha sabido domar los caimanes de la adulación, las sierpes de la envidia y los tigres feroces del odio. El, que no lo merece y que nada ha hecho jamás por atraérselo, tiene sobre sí el odio de los incapaces y de los impotentes. Pero, siempre optimista y seguro, lo mismo en las batallas que en las victorias, sabe, con un movimiento enérgico de sus hombros de gigante, desprenderse de ese abominable fardo. Sus enemigos, que son muchos—como son muchos siempre los enemigos de todos los hombres de gran mérito—debieron renunciar al intento estéril de abatirle. El no se abatirá nunca. Y la infame carga de las envidiucas y de las murmuraciones con que procuran postrarle será siempre un lastre que él arrojará con eso

sólo: con un enérgico movimiento de sus hombros, para remontar sus vuelos.

Frente a los "queridos compañeros" que le niegan la sal y el agua—porque se ponen de color de bilis ante los incesantes y ruidosos triunfos de José María Carretero, que ellos no lograrán nunca—álzanse aguerridas y leales, mucho más nutridas que las de los adversarios, las legiones incondicionales de sus amigos. Y tras éstos, formando una muchedumbre innumerable de cientos de miles de almas y de cuerpos, las vehementes y entusiastas legiones de sus admiradores. Y entre esta inmensa y alentadora muchedumbre—llenos de gracia y de luz, de atracción y de armonía, de resplandores y de fragancias; culminantes de belleza y de emoción—destacan los gestos y los rostros femeninos, los dulces y adorables rostros de las mujeres que, entre la compacta legión de admiradores, forman muy gentil mayoría y se empinan para mejor contemplar la figura de El Caballero Audaz, *y agitan—como en un gracioso vuelo de tórtolas, como en un fragante*

juego de flores—sus manos bellísimas en alto, en un gesto de aplauso unánime, para su predilecto novelista....

Y este homenaje de las mujeres, el más vehemente y el más apetecible que puede recibir un artista en su juventud (yo, con el incomparable Goethe, creo que el amor es la maravilla suprema a todas las edades) es el que menos le pueden perdonar sus enemigos. "No es sólo que este hombre—dícense para sus adentros mezquinamente—tenga grandes éxitos en la novela, en el periódico y en la pantalla. No es sólo que sea fuerte, que sea elegante y rico, que tenga buena salud y que haya sabido triunfar del anónimo y de la pobreza, que le siguieron tan de cerca cuando mozo. Es que, como si aun no fuera bastante, las caprichosas y ligeras hadas, que fueron tan crueles con Leopardi, han influído en el alma histérica de las mujeres; y las mujeres, como en un camino de triunfo, al paso de El Caballero Audaz, *conmovidas y emocionadas, deshojan a sus pies*

los pétalos cándidos, rosados o purpúreos de las rosas de su admiración."

Esto pone verdes a los enemigos del novelista, que trémulos de cobarde rabia, cierran sus ojos de buho ante tanto y tan gracioso resplandor...

¡Cómo se reirán las mujeres y José María Carretero de estos dómines ridículos!...

* * *

Hace algunos años, pocos todavía, andaba por Madrid un mozallón enorme, con grandes ojos de niño y ademanes llenos de timidez. Bajo aquella timidez de los ademanes y en el fondo de aquellas infantiles transparencias de sus miradas, un espíritu sagaz podría descubrir en el muchachote un tesón inquebrantable y una indomable energía. Solíamos encontrarle por las calles, siempre con su gesto confiado y sereno, y tras un breve saludo, solíamos seguirle un momento con los ojos, intrigados no sabíamos a punto cierto por qué...

Ello es que siempre nos inspiró esta misma inconsciente curiosidad aquel muchachote cordobés, y por eso, cuando, un poco más tarde, nos le encontrábamos por los gimnasios, y por las salas de armas, y por los patios de los teatros, y por las redacciones de los periódicos, nuestra amistad fué acercándonos más y más hacia él.

Ya conocíamos su nombre. Se llamaba José María Carretero, y era hermano de Manuel, de aquel simpático escritor, de tan buena madera, que un día desapareció para siempre, en toda la gallarda lozanía de su juventud, y en cuya prematura muerte no pudimos creer en algún tiempo, pensando que acaso nuestro amigo, en una de sus bromas habituales, se había escondido de nosotros y no había vuelto a aparecer jamás...

José María se había captado en poco tiempo nuestra estimación, y por eso, porque ya le estimábamos de veras, fué clara y honrada nuestra alegría cuando vimos su primer cuento publicado, creo que en Nuevo Mundo.

Tras aquél vinieron otros cuentos del mismo autor a conmovernos y a afirmarnos en la esperanza de que nuestro amigo había de ser pronto un escritor hecho y derecho. Y fué por entonces cuando nosotros, que nos habíamos matriculado en la Facultad de Derecho y no aparecíamos apenas por las aulas de la Universidad, porque las modistas y el manubrio jaranero de Casa de Juan *no nos dejaban tiempo para otra cosa, resolvimos heroicamente huir de Madrid y de sus alegres peligros y terminar nuestra carrera en una Universidad de provincias.*

Salamanca, la ciudad doctora y evocadora, la vieja y dorada y silenciosa Salamanca, la que hechiza la voluntad de cuantos la conocen —dijo Cervantes—, porque todos desean volver a ella; la ciudad llena de poesía, de sabiduría y de prestigio; la que albergó las mocedades de don Luis Góngora y ha albergado la recia madurez de don Miguel de Unamuno; la del Procense, la de Fray Luis, la de Torres y Villarroel; la incomparable Salamanca, de la

que fuera justo hablar con acento de rezo o con exaltación de endecha; la de los palacios hidalgos, la de los templos maravillosos, la de las rejas de forja peregrina, la de las encrucijadas castizas, la de las áureas y venerabilísimas piedras, la de los claros remansos de silencio, rotos por los claros volteos de campanas; Salamanca, la patria de Celestina y de Lazarillo; la que cobijó a Teresa de Jesús en aquella casona inolvidable una tenebrosa noche de ánimas en que el viento sollozaba a lo largo de sus ascéticas y heroicas llanuras; Salamanca, la más ilustre ciudad de Castilla, fué la que me cobijó y modeló en aquella época dorada y breve de mi primera juventud...

Pasaron unos años, y en uno de mis frecuentes viajes a Madrid volví a encontrarme con José María Carretero. Su nombre principiaba a ser célebre, a destacar sobre la muchedumbre. de escritorzuelos anónimos. El mío había asomado alguna vez, de tarde en tarde y gracias a la afectuosa generosidad de D. Alfredo Vicenti, de D. Roberto Castrovido y de

D. Francisco Verdugo, en las páginas de El Liberal, *de* El País *y del* Nuevo Mundo.

Por aquella sazón iba a principiar a publicarse La Esfera, *y José María Carretero tenía un puesto en su Redacción. Yo pensé recomendarme a él para que me incluyera entre los colaboradores, y después no quise hacerlo. La independencia y la altivez de mi carácter, acaso un poco ruda, repugnaban la súplica. Ni siquiera siendo, como hubiera sido, tan lícita.*

Pero fué él mismo, el propio José María Carretero, quien una tarde, en la sala de armas de Manolo Fernández, se ofreció espontáneamente. Yo le tendí mi mano agradecida. No era José María Carretero, como yo temí ligeramente, uno de esos muñecos vanidosos a quienes desvanece un poco más o un poco menos de nombradía y que, apenas han conseguido renombre, comienzan a darse importancia con los que no han podido o no han sabido conquistarle aún. El mozallón de unos años atrás, de cuerpo de atleta y mirada de niño, no era un muñeco inflado de puerilidad. Era un hom-

bre. Y como era un hombre, era también susceptible de ser un amigo leal.

* * *

Las interviús en La Esfera *escritas por* El Caballero Audaz *alcanzaron muy pronto una celebridad inaudita. Nadie las ha hecho mejores, ni nadie, en este interesantísimo género periodístico, ha brillado tan esplendorosamente como Carretero. Ha sido, sin duda, el maestro del género en España. Allí, en aquellas interviús, estaban latentes las extraordinarias condiciones de novelista con que nos ha sorprendido en sus últimas novelas. La sagacidad, la comprensión, la elegancia, el estilo sugestivo y justo, tan pronto escéptico y mundano como apasionado y sugeridor; el conocimiento de los misteriosos y escondidos resortes de las almas, la justa y finísima visión de los matices, el descubrimiento de los caprichos y las exigencias de los nervios, el lugar donde los interrogados escondían el nido de las pasiones y la*

infinita gama pasional; la sensibilidad en carne viva, los tesoros de la emoción, la profunda y certera mirada; todo eso que José María Carretero ha lucido después en sus novelas estaba allí, en la prosa flúida, vivaz, interesante, amenísima, de sus muy famosas interviús.

Y otra cosa lució también, pareja con su maestría de "confesor" de públicas confesiones: lució la cordialidad, la generosidad, la efusiva y simpática indiosincrasia de este hombre que, sin una gota, no ya de veneno, sino de malicia, para todos tuvo elogios y alabanzas, y como un pródigo, los fué repartiendo, mirando sólo de favorecer a sus amigos, aun a trueque, como se verificó algunas veces, de caer, por halagarlos, en un exceso de afectuosidad que imprudentemente rebasaba los linderos respetables de la hipérbole.

Y es éste, el hombre que se ha pasado varios años de su vida encumbrando a los demás—aunque entre "los demás" hubiera algunos necios—, al que todo quiere negársele y por todo quiere perseguírsele, como si la posición y la celebri-

dad que él se ha ganado con su esfuerzo y con su talento fuera algo que hubiese hurtado al patrimonio intelectual y económico de sus enemigos.

Paralelamente a las interviús, El Caballero Audaz *fué escribiendo algunas de sus más famosas novelas. Aquella labor de profundo análisis psicológico, a que se creyó obligado en sus ejemplares "entrevistas", tuvo una gran eficacia después en sus magistrales páginas novelescas. Y es que ante la taladrante mirada de novelista de Carretero había desfilado tanta vanidad, tanta hinchazón pueril, tantos desengaños y tantas esperanzas de amor, tanto escepticismo, tanta felicidad y desventura, y tan bien había sabido recogerlo todo su sensibilidad de artista, que luego, al novelarlo—y ésta es la gran fuerza del arte de Carretero—, no tenía sino que volver a sus observaciones y a sus recuerdos, y así, mezclando un poco la ficción con la realidad de los tipos, los personajes de sus novelas tienen todo el gran aliento humano de los hombres y de las mujeres de carne y hueso.*

Obsérvese esto, porque es curioso. A José María Carretero se le ha combatido por algunos despiadadamente. Han dicho de él—arrostrando el ridículo los que lo decían, naturalmente—que era sólo un escritor pornográfico, sin emoción y sin sintaxis, y que sólo la perversión del gusto del público puede justificar el ruidoso triunfo del novelista. Tamañas injusticias, y aun mayores, se han cometido con José María Carretero. Lo que nadie, que yo sepa, se ha aventurado a decir es que los personajes de sus novelas vivan fuera de la realidad. Y es que son en verdad tan vivos y tan humanos, llenos de un tan poderoso vigor, trazados tan dentro de lo justo y tan mártires o dominadores de sus pasiones, y tal latido vital les anima y les mueve, que no es posible, por muy lejos que quiera llevarse la censura, negar este valor de documento humano a los personajes—algunas veces el protagonista es alguien que se parece mucho al propio autor—de las novelas de El Caballero Audaz.

* * *

Actualmente, José María Carretero es el novelista más famoso de España. Sus ojos se han fatigado un poco en la larga contemplación de todos los horrores y las miserias del mundo, y en sus labios hay una sonrisa, casi perenne, de indulgencia y de escepticismo. Su corazón, sin embargo, está lleno de hogueras de juventud.

En la madurez armoniosa y fecunda de sus excepcionales facultades, ha llegado en estos momentos a un dominio absoluto de sus sensasiones, de su pensamiento y de su estilo.

Le temen muchos y le quieren muchos más. En cuanto a los que fingen desdeñarle, porque le envidian, él los oye con la misma impasible indiferencia con que oiría croar a las ranas en las proximidades de los charcos. Croan las ranas antes de zambullirse entre los légamos de la charca, y croan los envidiosos de El Caballero Audaz *antes de zambullirse en el légamo de su propia labor, que es el agua estancada y turbia del fracaso.*

Ha repartido en la vida innumerables favores y algunas estocadas, y siempre ha tenido

fuerte y templado el ánimo. A sus entusiasmos y a sus esfuerzos sabe unir, cuando lo cree oportuno, un elegante y aristocrático desdén.

Le han amado muchas mujeres, y él ha pensado principalmente en este amor de las mujeres para escribir sus novelas. Ya tiene en Francia tantos editores como en España, y yo creo que acabará — como Blasco Ibáñez, otro gran novelista español — teniendo editores en todo el mundo.

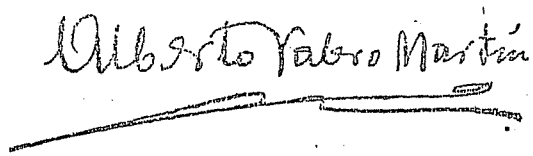
En París se encuentra ahora, reclamado por unos comerciantes que quieren enriquecerse llevando a la pantalla las novelas de José María Carretero. La Gloria, su amante más radiante, se ha colgado de su brazo hercúleo y le sonríe con amor.

Rico, joven, fuerte, famoso y admirado, todo lo tiene para ser feliz, y acaso no lo es completamente por ese incurable morbo de inquietud que casi nunca emigra del alma incomprensible de los artistas.

Pero está en este instante de éxito y de renombre en la cumbre de la celebridad, y en este

instante de pleno triunfo ha entregado a un su fraternal compañero, el ilustre Artemio Precioso, esta novela para ti, lector...

Léela. Y porque menos te retrases en principiar su lectura, yo termino aquí las líneas que me dictó mi estimación y mi cariño por José María Carretero, este recio y leal camarada, este amigo sincero y llano, que ha sabido domar, en los años más hermosos de la vida, al éxito, a la adversidad y al destino.



LA HIJA DE LA CORTESANA

PRIMERA PARTE

I

Elegantísima, con el traje túnica color burdeos que ceñía modelándole las espléndidas turgencias de su cuerpo esbelto y prieto, entró Clotilde Rey en el gabinete, diluyendo en el ambiente su perfume sutilísimo de ámbar oriental que, como una estela, le seguía siempre.

Al ver a su hija sentada ante el mirador, vestida con su traje blanco de casa, no pudo contener una exclamación:

—¡Pero, Alicia! ¿Todavía estás así? ¡Cuidado que eres!... ¿A cuándo esperas para arreglarte?

Volvió, sorprendida, el rostro Alicia, y con inmutable serenidad y la voz lenta e indiferente, contestó:

—Ya te dije, mamá, que no quería salir... No tengo ganas esta tarde...

—Ni esta tarde, ni nunca—replicó Clotilde—. Te tengo dicho que de seguir así, enfermarás. Y exaltándose, como siempre, en la alocada imprevisión de su temperamento impulsivo, continuó:

—¿Pero no ves, hija, que te consumes aquí, encerrada de continuo? Te conviene el aire y el paseo... Mira, mira cómo te estás quedando... Esa cara pálida, que parece de una desenterrada... Debías de darte un poco de color...

—Ya sabes, mamá—pareció reprocharle Alicia con una serena severidad en la voz—, que no me gusta pintarme nunca.

Turbóse la madre, sintiendo el reproche por sus mejillas maquilladas, por sus labios, en los que la barra de carmín había dejado brillos púrpureos...

Y, como siempre que experimentaba el choque de su frivolidad con el severo tono de la voz de su hija, sufrió un arrebato de maternal ternura. Se acercó, visiblemente emocionada, a



Alicia y le tomó el rostro entre las manos, interrogándola con angustia:

—Pero, hija... ¿Es que te sientes mal? Te noto enferma... ¡Sí, sí!—y le palpaba la frente y las muñecas nerviosamente—. Tienes calor... ¿Por qué no lo has dicho? Si te encuentras mal, no salgo...

—No, mamá—desdeñó indiferente Alicia—. Te aseguro que estoy mejor que nunca... Es tan solo desgano, cansancio, deseos de estar tranquila... No dejes de salir por eso...

—¿Y tú te vas a quedar aquí solita?

Sonrió dulcemente Alicia.

—¿No me quedo tantas veces, mamá? Te juro que estoy aquí mejor que en la calle...

—Bueno, hija—acogió Clotilde—, si es por tu gusto, no quiero contrariarte... Yo salgo con el coche. Tengo que comprar un horror de cosas y hacer unas visitas... Sacaré localidades para esta noche en cualquier teatro, ¿te parece?

—¡Como quieras!—labió displicente Alicia.

Clotilde la besó ruidosa en las mejillas, y

salió del gabinete, dejando tras sí su fragancia oleaginosa de ámbar.

Alicia se la quedó contemplando, como siempre, con una especie de devoción desdeñosa en la que había al mismo tiempo ternura y dolor... Sabía que en el fondo de su temperamento frívolo, le alegraba quedarse libre para marchar sola como tantos otros días... Era guapa, espléndidamente hermosa aún su madre. Lo comprendía, como el que reconoce un prodigio... Clotilde estaba quizás más bella que nunca, en el magnífico otoño de sus cuarenta años, cuyos días, lejos de marchitarla, parecían haber ido añadiendo sazón a su hermosura... Vestida para la calle, con el traje que la entallaba armónicamente, su esbelta silueta mostraba una briosa gallardía de curvas incitadoras, que parecían cinceladas por el Deseo... El rostro, que aun sin afeites se conservaba terso, tenía bajo las alas del redondo sombrero azul un resplandor juvenil... Poco se parecía Alicia a su madre. Esta tenía los ojos verdes, radiantes, luminosos, de intencionado mirar, y las pupilas

castañas de Alicia estaban impregnadas—a pesar de sus veinte años—de un dulce reflejo de melancolía... La madre tenía la nariz respingada y nerviosa, de aletas vibrantes y sensuales, y la boca grande, fresca, roja y provocativa, como una llamarada de lujuria en el óvalo trigueño del rostro... Alicia era más blanca, pero en su cara, un poco alargada, la nariz era correcta y fina como la de una estatua de serenidad, y su boca delgada, de primoroso dibujo, se plegaba con un gesto de leve y señorial desdén... Igual desemejanza se precisaba en sus manos: las de Clotilde eran gordezuelas, redondas, llenas de sensuales hoyitos; verdaderas manos de dominadora, hechas para la caricia y el placer; y las de Alicia, largas, pálidas como exvotos de cera, acusaban en sus finos dedos un abolengo aristocrático... Unicamente el cabello rubio, ondulado, de tonalidades áureas, tenían de común; la madre, de prestancia voluptuosa y meridional, y la nena, fina y espigada, con aire melancólico de princesa norteña.

Siempre que en ello pensaba Alicia, concluía por resumir su perplejidad:

—Mi padre debía ser como yo...

Y una súbita ternura admirativa se despertaba en su alma por el hombre desconocido que la engendrara... ¿Quién había sido aquel amor lejano de su madre de quien nació ella? Como en todo su pasado, sobre aquello flotaba también una gran sombra de indiferencia o de olvido... Llegaba a veces Alicia a pensar con horror que sería posible que ni la propia Clotilde supiera quién fué el amante que la hizo madre, pues jamás, ni por un momento siquiera, había aludido delante de ella a nadie... Temperamento frívolo, voluptuoso y alocado, los años y las pasiones resbalaban por su belleza sin dejar recuerdo... ¿Era buena o mala su madre?

Se planteaba el pavoroso problema muchas veces Alicia.

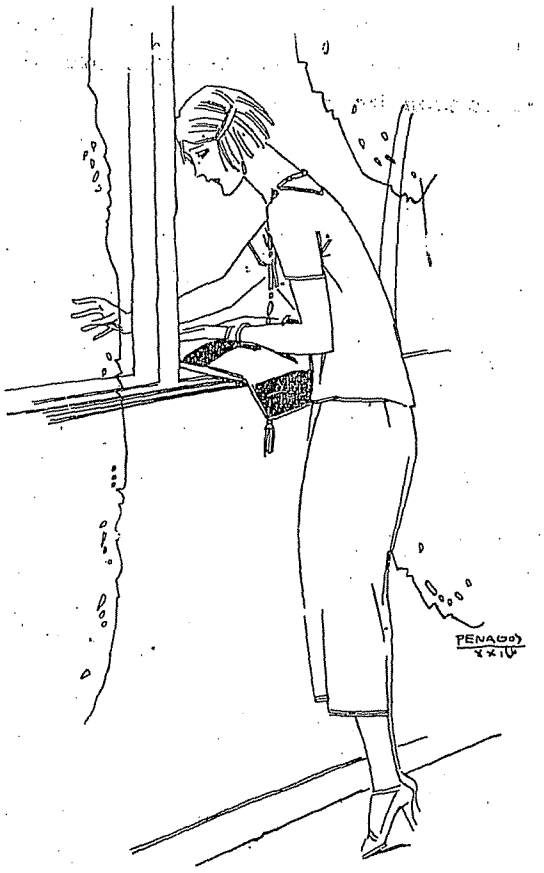
Y en fuerza de acopiar observaciones de toda índole, a cual más contradictorias, acaba por resumir:

—Ni buena, ni mala... Es inconsciente... Hoja del huracán, sólo vivía por la pasión, el capricho o el interés del instante... Pasaba tan rápidamente del dolor a la alegría, de los arrebatos de ternura maternal a la más olvidadiza indiferencia, que nada en ella dejaba impresión. Su sensibilidad era como una rosa de los vientos a merced de los cielos, dispuesta a girar indistintamente a cualquier lado...

Se interrumpió en su meditación Alicia para asomarse al mirador y ver salir a su madre, que desde el automóvil le decía adiós agitando la mano...

Comprobó Alicia, con la turbación de siempre, que al aparecer su madre en la calle despertaba un movimiento de curiosa expectación... Los transeuntes se detenían en la acera para verla ascender al auto... Desde el café de enfrente, los camareros se hacían unos a otros señas de incitación... Y cuando el coche partía, los hombres se quedaban mirando con deseo y con picardía...

Se alejaba el auto calle Mayor arriba, y des-



de el mirador Alicia veía cómo los curiosos se volvían al pasar su madre y, muchas veces, cuchicheaban entre sí risueñamente... Como si en el corazón las sintiera, le parecía adivinar Alicia lo que dirían.

—¡Eh! ¡Ahí va *La Esmeraldita!* ¡Esa es *La Esmeraldita!*

Era por aquello, por aquella popularidad escandalosa que rodeaba a su madre, por lo que Alicia no quería salir con ella... En vez de enorgullecerla, como le ocurría a Clotilde, complaciéndola, le dolía a la nena la familiaridad picaresca, la malicia turbadora, las alusiones llenas de evocación, que los transeuntes se permitían... Notaba ella un desgarro, una confianza abusiva en los elogios que al pasar la hacían...

Muchas veces, a pie por las calles, vió que, al ser reconocida por algún transeunte, la tuteaban al piropearla sin el menor respeto...

—¡Claro!—asumía mentalmente Alicia—son gentes que la habían visto desnuda en el teatro...

Y una oleada de rubor la invadía el rostro al pensar esto...

Ya hacía dos años, desde que la sacó del colegio para traérsela a vivir con ella, que Clotilde Rey no trabajaba en Madrid. Y, sin embargo, a pesar de esa rapidez con que la multitud olvida a sus ídolos, debía ser tal la aureola de escándalo y la pecadora popularidad de *La Esmeraldita,* que aun las gentes la reconocían y recordaban... En las tiendas de postales y en los quioscos veíanse todavía cientos de postales de la célebre cupletista, luciendo la provocación de su cuerpo casi desnudo...

Alicia se avergonzaba íntimamente de todo esto, que parecía envanecer aun más a Clotilde... Las pocas veces que de ello hablaba en su presencia, generalmente a instancias de una ex compañera o de algunos de aquellos misteriosos y galantes amigos que en visita cortés aparecían por la casa de vez en cuando, solía decir Clotilde:

—No; yo ya no trabajaré más... Estoy retirada. Bastante lucha me ha costado tener lo

que tengo. Ahora, a la vida tranquila con mi hija.

Y añadía, sin poder disimular el halago que esto le producía:

—¡Y eso que a querer!... Los empresarios no me dejan en paz. Me ofrecen cantidades fantásticas porque vuelva a escena... Y es lo que yo digo: no sería tan mala cuando me echan de menos... Antes me criticaban las compañeras: "¡Vaya un mérito!—decían—, como sale desnuda a decir indecencias, el público se vuelve loco." Y yo pienso que algo más habría... Mujeres bien formadas existen muchas... ¿Por qué no hacen lo que yo si saben que ahí está el éxito?...

Tenía razón *La Esmeraldita*. Había algo más en su triunfo que la mera exhibición de la maravillosa hermosura de su cuerpo, insensible al tiempo como si hubiera conquistado el elixir de la eterna juventud...

El secreto de su éxito estaba, más que en la perfección incitadora de su desnudo, y en el brillo lujurioso de sus ojos, y en la plenitud ar-

mónica de su pecho, y en el vaivén voluptuoso de sus caderas, en la gracia desvergonzada, cínica y turbadora de sus ademanes; en la expresión natural, rabiosamente provocativa, de su rostro, que excitaba animalmente el deseo, y en la naturalidad imperturbable, en la osadía inocente con que, fingiendo ignorar su significado, decía o cantaba en público las más nefandas obscenidades...

Y luego, como el marco propicio a su figura, una leyenda de pecado y de escándalo rodeaba a *La Esmeraldita*... Durante mucho tiempo cambió de amantes como de ropas interiores... En el mercado de la galantería fué pública su elevada cotización, que sólo podían pagar los caprichosos de gran fortuna, que todas las noches se la disputaban como a una joya en una puja o un ejemplar de lujo en unas carreras de caballos...

Se supo de muchos hombres arruinados por ella, de hogares deshechos, de fortunas desbaratadas entre sus manos viciosas de insaciable.

Y al mismo tiempo, su fama de fría, de in-

vulnerable al amor, de codiciosa, que no tuvo jamás una pasión y que sólo veía en el placer un medio de conquistar riquezas, en vez de aislarla, la hacía más deseada, espoleada la vanidad de sus asediadores en ser cada uno el que pudiera enorgullecerse de haberla rendido por primera vez al amor...

Fueron célebres sus joyas, sus brillantes fabulosos, sus coches y automóviles, la gran fortuna que se le suponía amasada a besos y a pecados.

Súbitamente, dos años atrás, *La Esmeraldita* despidió a su último amante y abandonó el teatro...

—¡Estoy cansada!—decía—. Ya he luchado bastante; me propuse un límite, y lo he conseguido... Ahora, a vivir tranquila...

Y como un general ahito de victorias, se retiró a su hogar, donde desde hacía dos años —lo reconocía Alicia—, a no ser por la exacerbada popularidad que en la calle la acompañaba, su vida no tenía nada que envidiar a la de la más honesta madre de familia...

Vió alejarse, perderse el automóvil que conducía a su madre ya cerca del gran bullicio de la Puerta del Sol, y dejando el hilo de sus recuerdos y sus juicios presentes, volvió a entrarse en el gabinete. Era la pieza su retiro favorito, su refugio en el gran piso suntuosamente amueblado que ocupaba con su madre.

Celestes las paredes, con diminutas flores de lis estampadas de azul, reflejaban la gran claridad que durante el día se filtraba a través de los *stores* del mirador.

Blancos los muebles ingleses, frágiles y curvos, tapizados de raso color de cielo... Al otro lado de un biombo de laca japonesa, en el que aparecía esmaltado un paisaje de arrozales plácidos, de un verde suave, sobre el que volaban raros pájaros zancudos de plumaje blanco, estaba su alcoba, toda blanca y celeste también, como la capilla de un santuario...

Segura Alicia de la ausencia de su madre, sintió de pronto el contento de su plena libertad... Las criadas, allá al fondo de la casa, no



osarían turbar con indiscreciones su aislamiento.

Sentía Alicia, como desde la tarde anterior, una alegría dolorosa al encontrarse sola... ¡Eran horas para su alma, enferma de curiosidad, obsesionada por las sombras que para su ignorancia envolvían el pasado de su madre.

Dos días antes, acuciada por el interés con que procuraba ir reuniendo detalles de todo lo que pudiera haber sido la vida materna, el azar le deparó un hallazgo que, a un mismo tiempo, le hizo estremecer de júbilo y temor...

Una llave encontrada en un joyero resultó ser de la gaveta de una valiosa consola antigua que en la sala decoraba un ángulo, bajo el peso de unos candelabros de filigrana y un reloj de péndulo estilo Imperio, en cuya alegoría de bronce dorado dos pastores de rizada peluca cortejaban a una marquesa trianonesca...

En aquella consola, a juzgar por los primeros hallazgos, tenía guardados Clotilde recuerdos de su vida pecadora de artista: viejas reliquias de su historia galante, referencias pe-

riodísticas de sus triunfos, carteles de funciones de gala y de noches de beneficio...

Alicia, apenas asegurada de que nadie vendría a interrumpirla en su requisa, corriendo el pestillo, fué a la gaveta y abrió el cajón principal.

En seguida, sus manos finas y nerviosas se abismaron en revolver papeles y cartulinas, que sus ojos más que mirar devoraban rápidamente.

Había para Alicia un placer doloroso en este registro. Al mismo tiempo que satisfacer su curiosidad, la requisa le producía un hondo malestar, que ella misma fermentaba con ese placer equívoco de los masoquistas que se complacen en azuzar los motivos de su mal...

Sufría la nena viendo aquellas colecciones de fotografías, donde su madre aparecía en impúdicas actitudes, con trajes ya suntuosos, ya descocados, y por entre cuyas galas se lucía el esplendor triunfal de su cuerpo venusto. Eran postales iluminadas, en las que resaltaban de una manera provocativa los pechos de *La Esmeraldita* y las esmeraldas fulgentes de sus

ojos y los trazos de bermellón de su boca incitadora...

Jalones de una vida de escándalo, reliquias de un pasado pecador, aquellas figuras le presentaban la imagen—desposeída de toda ternura—de una mujer bellísima, brindándose descaradamente a todas las impudicias... ¿Era posible que aquella fuera su madre?

Y la palabra "madre", que parecía tener entre sus labios dulzuras de hidromiel, trajo a su imaginación el recuerdo de otras épocas más claras y dichosas de su vida... Ella había conocido otras madres más puras, mujeres de paz y de amor, que rodearon su infancia con arrullos tiernos de santidad, con dulces mimos sin pecado, con ternuras blandas y dulces, suaves óleos de cariño y de respeto y de amor, que habían ido forjando su alma, horrorizada ahora ante el espectáculo de su propio hogar...

II

Sí... Ella había conocido otras madres. Fueron las madres-hermanas, las blancas monjitas del convento de Carmelitas Descalzas, de la ciudad castellana donde discurrió su infancia.

Fueron sus madres: Sor Carmen, la monjita guapa y alegre, profesora de piano, que cantaba bellas canciones y en los días de asueto y fiesta bailaba gentilmente las sevillanas.

Y Sor Agueda, la matrona reposada y dulce, que en la enfermería era el consuelo y el placer de las educandas, que ansiaban verla llegar a su cabecera, porque con cada medicina traía un bonito cuento, narrado por su voz timbrada de arcángel...

Y era Sor Piedad, la hermana siempre triste,

que dejó el mundo porque en vísperas de la boda supo que el hombre amado era hijo de su mismo padre.

Hermana de quien su corazón amó, quiso Sor Piedad seguir para siempre siendo hermana de Dios... Y para siempre también se nublaron de pesar los ojos bellos, que sólo resplandecían de contento cuando el hombre a quien quiso por esposo, y era su hermano, venía a verla, trayéndola grandes cajas de bombones, que ella repartía entre las colegialas por el placer de oírles celebrar al hermano guapo y generoso que tan espléndidos regalos hacía...

Desde que despertó a la razón, se encontró en aquel colegio que fué su casa y su vida... Muy de tarde en tarde, a veces con espacios de un año, su madre aparecía por el colegio... La llamaban al locutorio, y se sentía estrujada con cálidos ímpetus, con besos ruidosos y hambrientos, por una señora perfumada y guapísima, que era su madre, y que exteriorizaba sus tardías ternuras abrumándola a regalos y a caricias locas...



Luego volvía la paz y eran otra vez los largos lapsos de dulce vida, de estudio, de cánticos, de reposo, en el sosiego inefable de aquella comunidad de madres y hermanas...

Fueron éstas sus compañeras de pensión, y entre todas, Ernestina, la traviesa y apasionada morena de su misma edad, y con la que ella, tan dulce, tan sosegada, tan juiciosa, rimaba tan bien...

Ernestina era su amiga más íntima, con la que compartía regalos y lecciones, pensamientos, y dulces y pueriles secretillos.

Era su amiga hija de un marqués viudo, que desde que la nena tuvo cinco años la había recluído en el colegio, para seguir él libremente una vida mundana y política...

Recordaba Alicia con placer las visitas al colegio del padre de Ernestina... Como las de Clotilde, eran muy espaciadas... Y más que la de su propia madre, era para Alicia un placer la llegada de aquel caballero guapo y alto, de barbas grises, perfumado y elegantísimo, que



tenía prendida en los labios una sonrisa de galán.

Un día, medio en broma, medio en serio, Alicia dijo a Ernestina, recordando uno de los grabados del libro de Historia:

—Mira, tu padre se parece al Emperador Carlos V.

Y desde entonces, *Carlos V* fué para las dos nenas como un rey guapo y bueno, sonriente y pulido, que enterado de su fraternal amistad, las acogía a las dos con igual afable sonrisa y se extasiaba, con la atención galante de un gentilhombre, oyéndolas referir sus juegos y sus progresos de colegialas...

Por esta época, la más feliz de su vida—tenía Alicia trece años—, un episodio que llenó de escándalo el colegio clavó la primera espina de inquietud en su alma virgen.

Todas las educandas acudían a misa en el convento del mismo colegio, y escuchaban el Santo Oficio separadas de los fieles de la calle por una tupida celosía...

Elita tenía un novio, un militar gallardo, que

llevaba poco más de uno en el colegio, solía arrodillarse en el ángulo más oscuro, pegado a la celosía, y arrodillada daba muestras de una profunda devoción...

Tal abstraimiento despertó la curiosidad innata de Alicia, extrañada de que Elita no considerara la hora de misa, al igual que las demás, como propicia al cuchicheo tras las sombras de la celosía...

Observó a la fervorosa y pudo un día ver, con gran solivianto, que, mediado el divino oficio, por uno de los calados inferiores de la reja aparecía un papel que alguien introducía desde fuera... Elita, recelosa, lo tomaba rápido, ocultándolo en su devocionario, y con idéntico sigilo colocaba en la reja otro pliego, que desaparecía asimismo rápidamente...

Al cabo de varios días dióse cuenta Elita del espionaje de que era objeto, y aquella misma tarde, en el recreo, mientras las demás jugaban por el jardín conventual, confesó, toda trémula y vibrante de temores, su secreto a Alicia...

Elita tenía un novio, un militar gallardo que apenas cumpliera veintidós años, y que describió a Alicia con el fuego y el lujo de detalles de su arrebatador enamoramiento. Por quitarla de lo que juzgaban una locura casi infantil, su familia la había recluído en el colegio... Pero rondando él, acechando ella con tenacidad de enamorados, un día, oyendo ella misa escuchó su voz tras la reja... Otra tarde, una antigua criada que la visitó, le propuso por encargo del novio aquella clase de correspondencia... Y desde entonces, cada misa era el momento de cambiar las cartas, manteniendo dentro de la casa de Dios el fuego creciente de aquella humanísima pasión perseguida...

Prestóse Alicia, halagada en su vanidad de poseedora de un grave secreto, a guardarlo fielmente y aun muchas veces, tras la celosía, ayudó hábil a aquel cambio de correspondencia....

Unos meses después era primavera, y en sendos coches del colegio—unos landós destartalados—salían las educandas a pasear por las afueras de la población... Una vez en el campo,

lleno de pinares y de altos álamos, se las dejaba correr y esparcirse en libertad.

A la hora del regreso, un anochecer dominical, en el momento de subir a los coches, Sor Agueda preguntó de pronto:

—¿Y Elita?

Faltaba la educanda. Ante el temor de que hubiese quedado rezagada, todo el colegio tornó a los pinares, recorriéndolos en toda su extensión, llamándola a grandes voces... Tarea inútil. La colegiala había desaparecido...

Recordaba Alicia que aquella noche fué de gran confusión en el colegio, hasta el punto de que nadie se acordaba de hacer cumplir el reglamento y se pasó en blanco la hora del rezo de Animas y se retrasó la cena...

Al día siguiente la verdad estaba averiguada: Elita se había fugado desde el pinar en compañía de su novio.

El escándalo, que dañaba al buen nombre del colegio, repercutió hondamente... Y sin que pudiera saber cómo, pronto se descubrió la parte de complicidad que Alicia tuvo en el asunto.

Ante el claustro de profesoras se le impuso severo castigo. Pero ella recordaba que de toda su vergüenza, de todo aquel hervidero de reconvenciones y reprimendas, sólo evocaba luego, con el dolor del que sin saber dónde tiene una ardiente herida, las palabras que, sin ser dirigidas a ella, dijo a la superiora Sor Anunciación, una monja cetrina y bisoja que nunca la había mirado con simpatía:

—Al cabo, es la hija de una cortesana. ¡De tal palo, tal astilla!...

—¡Calle, Hermana!—la reprendió la superiora—. ¡Tenga más caridad! ¡Qué sabe la pobre niña!

El sentirse así compadecida aun en aquel momento de su culpa, dió a Alicia medida de que las frases de Sor Anunciación debían de ser grave tacha ...

Días enteros permaneció embargada por el enigma de aquellas palabras, que, sin entender, adivinaba crueles y ofensivas...

Al cabo confesó su cuita a Ernestina, su

amiga del alma, la hermana en quien había concentrado todos los afectos de su corazón.

La avispada morena, traviesa y alegre, encontró un medio de desentrañar el significado de aquellas palabras turbadoras...

Una tarde, desde el jardín, entraron sigilosamente, como si fueran a cometer un delito, en el salón que servía al colegio de biblioteca...

Ernestina fué derecha a buscar el Diccionario donde Sor Agueda, durante sus lecturas, consultaba tantas veces...

Lo abrieron, trémulas como ante un sagrario misterioso, y al fin, guiada por la experta amiga, Alicia encontró el término que buscaba.

Y con el alma, más que con los ojos, leyó ávidamente: "Cortesana: Mujer pública, de fama perdida y vida escandalosa, que hace mercancía de su cuerpo."

Venía luego una larga reseña, en la que se anotaba la existencia de famosas cortesanas históricas, mujeres de pecado, hembras de perdición, alguna de las cuales terminaron en santas después de una vida llena de horrores...



Ernestina, abrumada también por la revelación, sólo se atrevió a preguntarle:

—Oye, ¿será verdad?

Y ella, con el alma vibrante de dolor, apenas pudo responder:

—¡Cuando Sor Anunciación lo dice!...

Fué aquella la primera noticia concreta que tuvo de su madre, la señora guapa que en sus tardías visitas la abrumaba a besos... Y el recuerdo infame quedó ya para siempre como una llaga viva en su corazón de niña precozmente reflexiva, que hasta entonces viviera como en un limbo inefable en la dulce paz del pensionado...

* * *

Un año después—cuando ambas tenían catorce—, una tarde en que a la hora del recreo paseaban por el jardín, Sor Carmen vino presurosa a llamar a Ernestina.

Notó Alicia que en el rostro siempre alegre

y burlón de la monja había una expresión de dolor y de asombro.

Sin reparar en ella, Ernestina partió hacia el locutorio donde la esperaban, animada y sonriente... Alicia también pensó con gozo en una inesperada visita del padre de la amiga, aquel señor guapo y galán...

Pero transcurrió una hora y extrañóle de no ser llamada por Ernestina, como otras veces, para que su padre la saludara.

Más fuerte que la discreción, su curiosidad—estímulo y acicate principal de su carácter—la empujó al locutorio...

Oyó gritos, llantos, quejas desesperadas...

Un momento se detuvo a escuchar tras el tapiz de cordelillo que cubría la puerta de la estancia.

Oyó que Ernestina lloraba a grandes gritos, con terrible desconsuelo, y que la superiora decía:

—¡Pero, señora, es horrible decirle así a la pobre niña toda la verdad!

Y una voz agria y desconocida de mujer contestaba:

—Madre, es preferible recibir el golpe de una vez... Además, Ernestina es ya una mujer y debe saberlo todo... ¡Así empezará a conocer la vida!

Ernestina, como presa de un ataque de desesperación, lloraba, gritaba con infinito dolor...

Más fuerte que su prudencia fué el ansia de consolar a la amiga hermana que sufría.

Y sin reflexionarlo, irrumpió en la estancia gritando:

—¡Ernestina! ¡Ernestina! ¿Qué te pasa?

Cuando con los brazos abiertos iba derecha hacia su amiga, Ernestina, que yacía en una butaca, se levantó como impelida por un resorte, y casi en el rostro, mientras sus manos hacían un ademán de horror, clamó:

—¡Ha muerto mi padre! ¡Ha muerto mi padre!

—¡Pobre!—gimió en un espasmo Alicia con todo su corazón.

Y cuando en un abrazo intentaba fundir su

pena con la de la amiga, Ernestina retrocedió con una expresión de infinito espanto, rechazándola con el aleteo de sus manos crispadas:

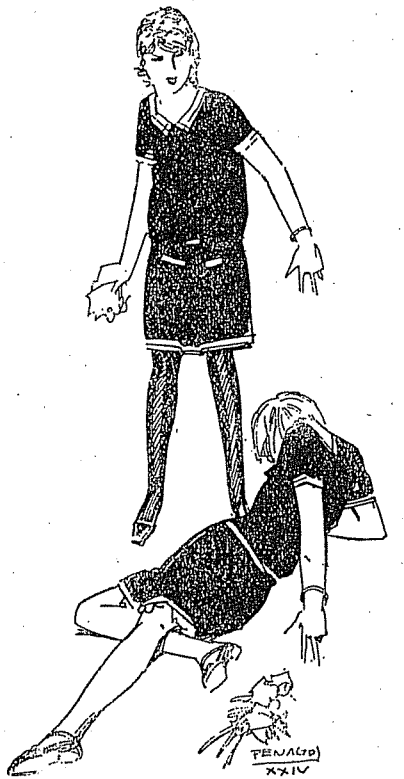
—¡Aparta, maldita! ¡Han matado a mi padre! ¡Y por culpa de tu madre, que es una perdida! ¡Aparta! ¡Aparta!...

No pudo resistir Alicia el tremendo choque, el brutal topetazo de la sorpresa, y cayó como fulminada por una convulsión...

... ...

Días después, desde la enfermería, la sacaban del colegio. Apenas durante un mes de convalecencia vió a su madre, que trabajaba en un teatro de Madrid... Luego la llevaron a una pensión francesa, para señoritas, establecida en Barcelona, donde estuvo cuatro años más, y desde hacía dos vivía en el hogar materno...

Las heridas de su alma cada día eran más dolorosas... Poco a poco, con sutil tenacidad, con reservada malicia había ido enterándose de todo... Sabía ya quién era y había sido su madre... No habían podido disipar esa amargura de su corazón ni los mimos ni los halagos...



Recién sacada de la pensión, Clotilde había intentado mezclarla a su vida, aficionarla a los paseos y diversiones, arrastrarla en su fastuosa existencia de mundana rica y retirada...

No lo consiguió. Alicia se resistía a ello en cuanto le era posible... El pasado vergonzoso de su madre adquiría para ella proporciones aterradoras, hasta el punto de rehuír el conocimiento de todas las amistades de la célebre artista... Los hombres se le antojaban todos seres perversos y fatales, y en sus ojos quería adivinar hasta qué grado de intimidad habrían llegado con su madre. Le dolía, con dolor terrible, que tantos visitantes la tutearan.

Se aisló dentro de su propia casa. Buscó en la lectura un refugio para su inquietud y un lenitivo para su curiosidad...

Un tomo de revistas encuadernadas le dió un día la clave de aquella horrorosa escena desarrollada en el colegio...

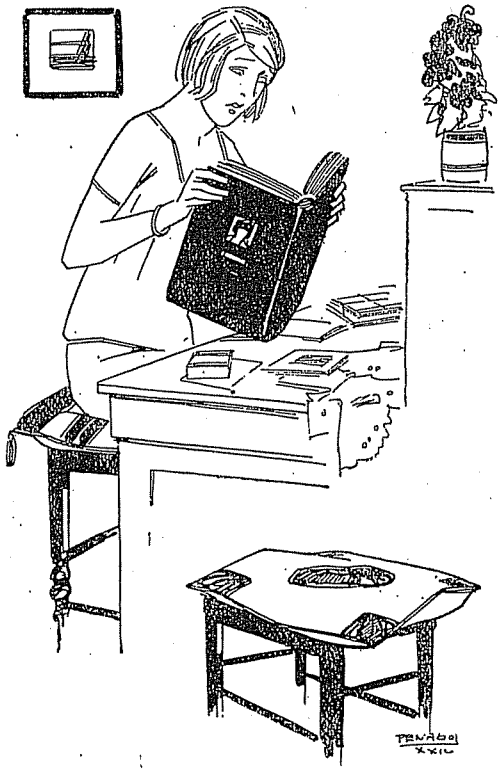
Un gran periodista celebraba una interviú con la célebre *Esmeraldita.* Y en el curso de ella, se narraba el trágico episodio. La artista era

la amante oficial de un aristócrata y potentado, el marqués de ... Con puntos suspensivos sustituía el cronista el nombre del prócer. Al mismo tiempo, *La Esmeraldita* amaba desinteresadamente a un muchacho aventurero, Juan Antonio Aval... Una noche se encontraban en la casa de la pecadora los dos hombres... Tras unos golpes cruzados, se concertaba un duelo a pistola... El aristócrata caía muerto y el vencedor desaparecía... *La Esmeraldita,* desde no muy lejos, contemplaba el encuentro en que dos hombres se jugaban la vida por su belleza...

Cerrando el alma a las evocaciones torturantes del pasado, Alicia continuó la rebusca de papeles de la consola...

Nuevamente volvió a desfilar ante sus ojos la historia escandalosa de *La Esmeraldita*... Eran retratos, postales casi obscenas, reclamos y sueltos periodísticos escandalosos, figuras de hombres con dedicatorias apasionadas...

De pronto, en las páginas centrales del álbum que hojeaba vió un gran retrato; el corazón pareció paralizársele por la sorpresa. Era



un caballero de noble continente, frente despejada, ojos de dulce mirar y barbas grises, entre las que aparecía prendida una sonrisa galana...

Leyó la dedicatoria:

"A mi Clotilde, con el amor y la vida de *Augusto.*"

—*¡Carlos V!*—murmuró para su corazón...

Era él, sí, el padre de Ernestina, el apuesto caballero elegante y perfumado, sonrisa y amor de su infancia...

Ante la cartulina, el pasado revivió en su pensamiento con fuerza dolorosa. Tornó a vivir las horas de su colegio, las tardes gratas de visita, y luego, la hora terrible en que su amiga, su hermana, la rechazaba con fiera repugnancia...

"Y la vida de Augusto."... Aquél era el hombre muerto por culpa de su madre...

En la obsesión de su pensamiento lo tornó a ver vivo, acariciando sus cabellos rubios, mirándola con exquisita ternura... Y luego, la es-

cena brutal, el desafío, aquel gran caballero muerto.

Todo se le presentaba real, inequívoco, como en un sueño, teñido de sangre, de luto, de horror...

Vaciló su cabeza, sintió ganas de gritar su pena, su espanto, su infinita amargura...

Y fué tan fuerte la sensación evocadora, que no pudo resistirla...

Dió un grito agudo y cayó inerte, tronchada como aquel día del colegio, de una tremenda convulsión...

* * *

Cuando volvió a la razón, dos días después, se vió en su cama... Un médico, calvo, perfumado y elegante, que también tuteaba a su madre, decía a Clotilde:

—Como ves, ya ha pasado la crisis, y sólo interesa que no se repita... Tu chica tiene unos nervios terribles. Y ahora le conviene reposo, serenidad, cambio de ambiente; una larga temporada en el campo sería el ideal...

—Pues mira, por mí no queda—decía Clotilde—. El marqués tiene una quinta adonde no va nunca, ahí, en la sierra, pasado Guadarrama. Me la ha ofrecido mil veces... ¿Tú crees que ahí estaría bien Alicia?

—Desde luego... Ni a propósito encontrarías lugar mejor... Conozco el sitio...

—Pues entonces, hecho... Ella, al campo, allí sola y tranquila. He aceptado un contrato para París, y así, como en seguida el veraneo se echa encima, podré ir a la costa. ¿Tú no crees que habrá peligro en dejarla sola?

—Ninguno, mujer... Son crisis del desarrollo, influencias del ambiente... Cuando la chica respire a su placer y tenga libertad, le pasa todo...

Sintió Alicia que ambos se alejaban... Y hasta en la distancia le pareció escuchar el chasquido de un beso...

SEGUNDA PARTE

I

Como todas las tardes, Alicia iba hacia *El Picacho,* aquella altura serrana a la que llamaban así porque la piedra, emergiendo bruscamente de la cima, formaba como un agudo torreón en forma de aguja irregular, cuyos canchos dibujaban en el cielo una *V* gramática...

El camino, en cuesta, bordeado de pinos y carrascal, tenía un suave declive y era grato de andar, aspirando las tónicas fragancias de la serranía, que llegaban a los pulmones como un bálsamo bienhechor.

Además, estaba cerca de la quinta donde vivía, y lo bastante alejado del pueblo para que sólo en días festivos los veraneantes y excursionistas se decidieran a llegar hasta allí...

Sola, todas las tardes, apenas la fuerza del sol declinaba, Alicia emprendía la ascensión llevando su sombrilla, que le servía muchas veces para ayuda del caminar, y un libro de los que con gran profusión trajera de Madrid.

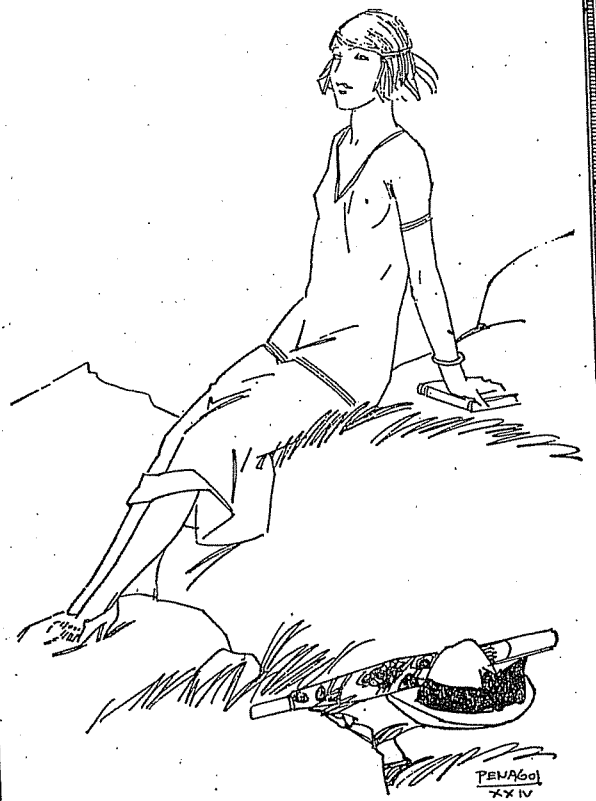
Y allí en lo alto, sentada en una de las rocas del *Picacho,* leía a ratos, y en lapsos también se complacía en devanar sus pensamientos...

Le imponía, le maravillaba la vasta soledad de la serranía.

Desde aquella altura se divisaba un inmenso panorama de campos labrados, trigales rubios y pinares sombrosos, que en una sucesión de suaves lomas iban a juntarse con la línea azul del horizonte...

De trecho en trecho, los caseríos mostraban sus tejados rojizos, sus blancas fachadas... Pueblos diseminados en la gran extensión apenas eran visibles por los campanarios negruzcos, en torno a los cuales, como polluelos al pie de la clueca, albeaban las viviendas rústicas...

Grandes extensiones de pinares ponían su mancha esmeraldina en la campiña, como brin-



dando su fresca sombra para cobijo de los pájaros que en bandadas rayaban la inmensidad azul del cielo...

Las carreteras mostraban su cinta blanca, como un cauce polvoriento por el que se deslizaban, igual que negros y diminutos insectos, los automóviles, que, desde lejos, parecían correr a saltos...

Un mes llevaba en la sierra... Un mes de bendita paz, en el que sus nervios parecían haberse aquietado en un remanso sedante...

La casa de la quinta, en la que únicamente vivían los guardeses—un matrimonio ya cincuentón, sin hijos—, era un bello refugio campestre...

Dormía en una gran alcoba—el cuarto del marqués, como lo llamaba el guarda—y en una extensa cama antigua de respaldares de roble tallado... Las ropas con que se cubría olían a romero y a membrillo; a limpieza y a campo...

¡Dulce paz la de esta vida, lejos del Madrid odiado! Allí nadie la conocía. Era la señorita, flor delicada y exquisita, convaleciente en la



magnífica robustez de aquella naturaleza que se esponjaba, ébria de plenitud, bajo la lumbre del sol agosteño...

De su madre tenía noticias cada semana. Fueron primero cartas fechadas en París, y ahora eran postales y pliegos con membretes de raros hoteles y vistas de playas lejanas: de Trouville, de Niza, de Baden-Baden...

Todos los domingos y días de fiesta, desde su llegada, bajaba—entonces acompañada de la guardesa—a oír misa al pueblo: una aldea de chatas casucas, que en el invierno somnolecía bajo la nieve y que en el estío vivía de las ganancias que a todos proporcionaban los veraneantes...

Prefería esta iglesia aldeana, humilde y sombría, con una sola nave hecha de piedra berroqueña sin desbaratar, a la capilla moderna y con iluminación eléctrica, llena de molduras y de estampas místicas, que era el lugar de devoción de la colonia de veraneantes...

Los cien hoteles que componían ésta, estaban distantes tres kilómetros de la aldea, como si

los afortunados poseedores de aquellas villitas, que remedaban el estilo arquitectónico vasco con sus balcones volados, o los "chalets" suizos con sus fachadas llenas de travesaños verdes, hubieran rehuído el contacto con la plebe pueblerina...

La colonia se había llenado de veraneantes... Señoritas cloróticas, muchachitos en trajes de "sportsman", con camisas de cuello valón, que bailaban por las noches cotillones en la sala de fiestas del Casino, instalado en la planta baja del mejor hotel para viajeros...

Alicia no iba jamás hasta la colonia... Prefería aquella iglesia del pueblo, fresca y humilde, con su gran Cristo de madera carcomida luciendo entre los escasos cirios del altar mayor...

En una de estas piadosas excursiones había conocido a Claudio Lorenzal.

Al primer momento, se sorprendieron los dos de hallarse bajo la bóveda sombría del templo pueblerino... A él le extrañó el porte gentilísimo, la innata elegancia de aquella señorita joven

que se mezclaba con las devotas astrosas y humildes...

A ella le llamó en seguida la atención la gallarda apostura de aquel desconocido, cuya ropa y cuyos ademanes desentonaban del grupo de mozos rapados y curtidos que asistían al Santo Oficio.

A la segunda misa, él, con exquisita cortesanía, le ofreció el agua bendita en la punta de sus dedos...

Al otro domingo, ya después de haberse saludado, Claudio la acompañó hasta la quinta...

Era un hombre alto, de armónica y gallarda figura... Tenía el rostro tostado por el sol, y las pupilas, negras, brillantes, de brío varonil... Por eso era mayor el contraste con su pelo, tan lleno de hebras grises y plateadas que parecía empolvado... En su boca había un rictus de hastío, como de hombre que ha bebido la vida a grandes buchadas y se ha abrasado muchas veces con el licor ardiente de la existencia.

Tendría treinta años, y si por su cabellera casi cana aparentaba tener cincuenta, por el brillo

de su mirar y por la elástica y firme pujanza de su cuerpo apenas parecía haber cumplido veinticinco...

Sus pupilas negras brillaban con fulgor juvenil en momentos en que parecía olvidarse de sí mismo... Pero de continuo había en sus ojos un empañamiento de melancolía que ponía una pátina gris en sus retinas, como si nublara su fulgor el recuerdo de alguna lejana amargura.

Había interesado a Alicia desde el primer momento aquel aire misterioso y equívoco de Claudio, que parecía siempre recelar algo o temer el asalto de algún recuerdo penoso.

Al día siguiente de aquel en que tan gentilmente la acompañara hasta su casa, al subir Alicia al *Picacho* volvió a encontrar a Claudio.

Charlaron de mil cosas indiferentes, confiados por el azar del encuentro, y poco a poco, en días sucesivos, les fué uniendo esa dulce intimidad, esa abierta confianza que da la soledad en el campo...

Era, lo reconocía Alicia, un admirable compañero. Su trato ameno, cortés, lleno de distin-

ción, hacía amable el estar a su lado... Tenía una suavidad de ademanes y una elegante discreción... Como todos los hombres que han vivido mucho, sabía sonreír a todo, quizás porque todo lo conocía demasiado.

—En su vida—pensaba Alicia—debía haber un enigma doloroso, alguna sombra de pesar, tendida como un abismo sobre su pasado...

El, en las largas conversaciones de las tardes, le había contado a grandes rasgos su vida, dejando discretas lagunas de años en su relato...

Era español, tenía treinta años, y reposaba en aquella aldea serrana de las fatigas de un existir tumultuoso... Muy joven fué a América, y allí su trabajo y la fortuna heredada de un próximo pariente le habían hecho rico... Rayando en la treintena, sintió la nostalgia de la patria lejana, y ahito de todos los placeres y atractivos de las grandes ciudades, se había refugiado en aquel pueblo escondido, para reponer su salud, un tanto quebrantada por sus au-

daces aventuras y sus luchas demasiado enconadas...

Alicia, sospechando que en el relato de su amigo había ocultaciones y ficción, también se creyó autorizada a mentirle un poco. Por ello y porque la verdad de su origen le producía rubor... No era posible que aquel hombre, venido de tan lejos, pudiera conocer a *La Esmeraldita*. ¿Pero no sería posible que hasta allende el mar hubiera llegado la fama escandalosa y pecadora de su madre?

Claudio parecía muy enterado de las cosas y la vida de España. Como ella un día se extrañara de su detallado conocimiento de Madrid y de Barcelona, de sus teatros y sus paseos, él le arguyó:

—Usted no sabe, señorita, lo que para el emigrado, ansioso de volver, significa España... Desde lejos seguimos todos sus acontecimientos con una ansiedad curiosa y acendrada... Así no es extraño que allí, en América, por la lectura ávida que hacemos de los periódicos y los libros, conozcamos los españoles lo que ocurre

mejor que los que aquí viven... Las actrices, las artistas y los políticos, nos son tan conocidos como a ustedes; por cualquier suceso que aquí pase desapercibido, allí, con el prestigio de la distancia, llega a nosotros como cosa extraordinaria y de continuo recuerdo...

Por estas insinuaciones, Alicia fué poco explícita al contar su vida... Le dijo que era huérfana de padre. Que su madre, viuda y rica, se hallaba a la sazón en el extranjero, adonde ella, por su enfermedad, no había podido acompañarla...

Y así, en este dulce camino de la confidencia, siendo cómplices para el amable misterio la grandiosa soledad de la serranía y la pagana incitación de la Naturaleza en plenitud, una y otra tarde fueron prolongando sus charlas...

Llegaba ésta, Alicia, al *Picacho,* y apenas ponía pie en la primera estribación de la roca, cuando, saltando por entre los canchos, Claudio Lorenzana apareció... Sobre las rocas, su gallarda silueta ágil se recortaba netamente, dán-



dole una bizarra apariencia de explorador audaz de precipicios...

—¡Buenas tardes!—clamó gozosa Alicia.... ¿También hoy usted aquí?

El llegó a su lado y, mientras le estrechaba la mano, replicó:

—¿Por qué se extraña? ¿No nos dijimos ayer "hasta mañana"? ¿O es que usted hubiera faltado?

—¡Oh, no!—protestó rápida Alicia.

Y en seguida quedó suspensa, turbada, encendida en rubores no sabía por qué.

Se sentó en el rellano que hacía la roca, y permaneció callada, como absortas sus pupilas en la deslumbrante lejanía que el Sol poniente bañaba con cataratas de luz aurirroja...

A su lado, Claudio Lorenzal la espiaba en silencio, embriagando sus pupilas ávidas en la suavidad inefable de aquel bello rostro, pálido como una hostia, y en cuyas pupilas se adormecía la luz del Sol en un reflejo de infinita melancolía...

—¡Alicia!—murmuró él dulcemente en un irreprimible impulso de su alma...

—¿Qué?—barbotó ella sobresaltada, como despertándose a la realidad desde el abismo de un ensueño...

El se acercó más a la nena, y mirándole fijamente a los bellos ojos serenos, que no le huían, musitó casi en súplica:

—¡Alicia! ¿Quiere usted que hablemos seriamente, lealmente, unos minutos?

Como una débil flor que se doblega por el tallo, Alicia inclinó la cabeza sin hablar... Una emoción extraña le embargaba el alma, sugestionada, como siempre que se hallaba en presencia de Claudio, por el fulgor de sus pupilas negras, por el timbre suave y confidencial de su voz pastosa y varonil...

Claudio le empezó a hablar muy cerca del oído, con un tono que era a la par arrullo y caricia, y a cuyo confieso parecía írsele derritiendo el corazón en dulzuras insospechadas, en un tierno y conmovedor deliquio que diluía su alma en las inefables maravillas del éxtasis.

La voz del varón, cálida y apasionada, musitaba en su oído la cantinela eterna del amor, que era para ella como música nueva y desconocida, misteriosa sinfonía, acorde sutil y magnífico que hacía vibrar sus nervios y que la sostenía trémula, agitada por estremecimientos del alma que iban lentamente sumergiéndola en un delicioso sopor...

Claudio le decía que la amaba; que al contacto de su pureza juvenil su alma torturada de hombre de lucha, que creía no esperar ya nada de la vida, vibraba con los ritmos de una loca canción de esperanza, con una alegría nueva y ardiente que le hacía soñar con un porvenir venturoso...

La palabra ardiente y cariciosa del varón iba envolviéndola sutilmente de un langor inefable... Sentía un desmadejamiento de todas sus energías, un ansia muy dulce de desvanecerse, de rendirse, de descansar eternamente en la caricia de aquel arrullo ardiente que llegaba a su alma y estremecía con inéditos fuegos su sensibilidad...

Y como él callase esperando, hábil, una respuesta, ella, en un último esfuerzo de resistir al embrujamiento, tuvo fuerzas para argüir:

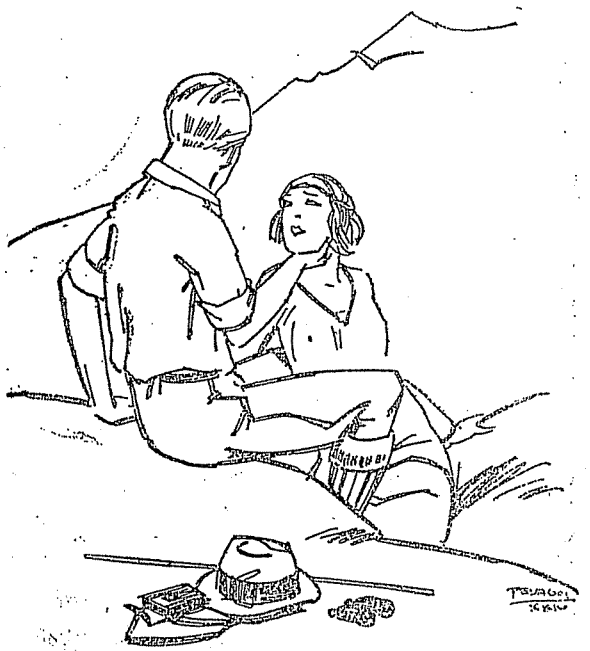
—¿Pero está usted seguro de lo que dice, Claudio? ¿Es posible que así pueda querer a una desconocida? ¿Qué sabe usted de mí ni de mi pasado?

Fué él quien se turbó ahora un momento y, ansioso, demandó:

—¿Guarda usted culto a algún recuerdo, Alicia? ¿Quiere usted a otro hombre?

—No—rechazó ella con el acento convincente de la verdad.... Le juro que es usted el primer hombre que me ha hablado de amor... ¡Yo no he tenido novio jamás!

—Pues entonces—clamó él triunfante—, ¿qué nos importa todo lo demás? Su pasado y el mío, la vida y las personas que nos rodearon antes no existen, Alicia. Cuando se empieza a amar es que se nace otra vez... Una vida nueva, creada por nosotros dos para nuestro amor y nuestro destino, empieza ahora. ¿Qué vale todo lo demás? ¿Usted me quiere, Alicia?



Y como ella otra vez abatiera con dulce languidez la cabeza, él la tomó entre sus manos y, acariciándola lentamente los cabellos, murmuró...

—No, cállate... ¿Para qué obligarte a decirlo? Si me quieres, si lo sé yo, niña mía, niña buena, niña guapa...

Y los labios voraces del hombre buscaron, desfloraron con el primer beso los finos labios vírgenes de Alicia Rey, que se sintió morir en una dulce y exquisita agonía de todo su ser... El alma se le esponjaba de alegría, y en sus pupilas enturbiadas todo se confundía en una luminosa y fantástica conjunción; el neto azul, la campiña aurirroja, la imponente majestad de las cumbres lejanas de la sierra y la lumbre dorada del Sol que, en el crepúsculo, caminaba hacia el horizonte como una hostia de fuego que rodando lentamente fuera, en gigantesca comunión, a caer en las fauces negras de la Tierra...

II

—¡Qué contenta está la señorita!

—Sí; es verdad, Boni—contestó Alicia al guarda que, desde el portal, la contemplaba extasiado—. ¡Estoy muy contenta!

—Señal de *salú*—acogió el labriego—. *Talmente* parece otra la señorita *dende* que vino hace tres meses... Ya se lo dijimos... Los aires de este rincón saben más que *toos* los señores médicos... Dan vida *pa* coger y *pa* repartir...

Rió Alicia a la exageración y, acodada en el alféizar de la ventana, permaneció oteando la carretera que pasaba ante la quinta...

Mediaba la tarde de octubre, llena de dulces caricias de Sol... El otoño daba su majestuoso

encanto a la serranía poniendo dorados los barbechos de la campiña y obscureciendo las masas esmeraldinas de los pinares...

Las jaras ya mostraban sus ramas deshojadas de rojos botones, y las carrascas se deshojaban con ásperos crujidos...

Vivía Alicia, desde hacía mes y medio, como embrujada por el hechizo del amor. Idolatraba a Claudio Lorenzal; le había entregado su alma virgen, ansiosa de ternura, e igual le entregaría en cuanto él quisiera su cuerpo y su vida.

Había hecho Claudio amistad con los guardeses—sojuzgados además por espléndidas propinas—, y venía todas las tardes a la finca a recogerla para el paseo que aun seguían dando hasta el *Picacho,* embebidos en su idilio...

Como en la maravilla de un sueño—pensaba Alicia—se habían desarrollado y hecho realidad todos sus anhelos...

Ella, aun cuando más hundida se hallaba en el dolor y en la vergüenza de la vida materna, soñó con vivir sola, lejos de aquel mundo equívoco que conocía su hogar y de aquella ciudad

donde la leyenda de *La Esmeraldita* era como un baldón de ignominia para su frente de virgen... Jamás reparó en ningún hombre de los que en la calle o en su casa la piropeaban elogiando su belleza.

Le parecían seres malvados, que buscaban en ella como una continuación de la belleza de su madre... ¡Qué felicidad—pensó muchas veces—irse lejos, bajo otros cielos y otra vida, y allí, en una paz y un olvido absoluto, poder encontrar el amor en un hombre del que no pudiera ella revelar jamás que había conocido la leyenda nefanda que rodeaba como un halo de maldición la figura de Clotilde Rey!

Y como si un hada buena lo dispusiera todo en su favor, allí estaba Claudio Lorenzal, el hombre venido de lejos, de un mundo distinto, para brindarle el elixir maravilloso de su amor...

Se confiaba a él, que ni aun ahora, en la intimidad del idilio, había añadido nuevos detalles a lo que le contara de su vida... En ella presentía Alicia algún grave secreto, la sombra

de un drama lejano que daba a veces su melancolía a las pupilas del amado...

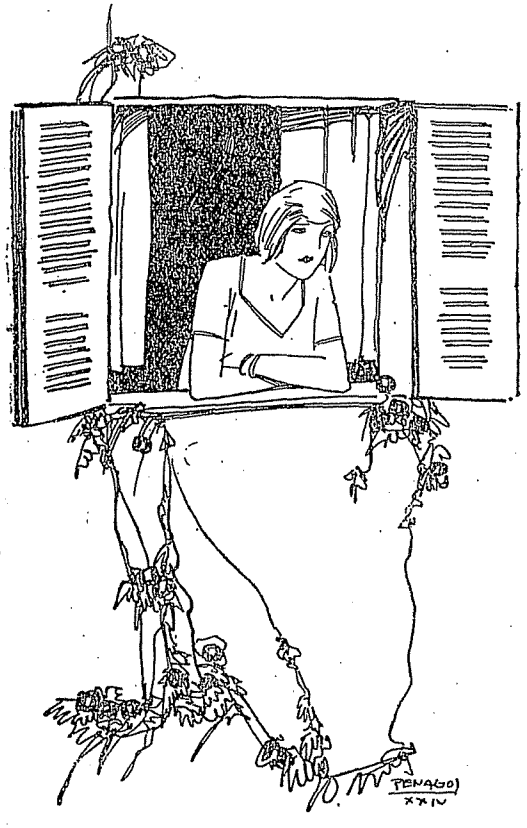
Pero Alicia respetaba aquel secreto presentido, toda delicadeza para el hombre que con tan dulces lazos la esclavizaba... El le hablaba halagando su mejor deseo: el de irse lejos, muy lejos, con su felicidad... Veíase que era rico Lorenzal; se notaba en pequeños detalles, en su porte, en referencias casuales...

¿Qué más podía ni debía pedir al Destino? ¿No sería demasiado—pensaba con la humildad del que se cree indigno—para la hija de una cortesana?

Pero, al reproche doloroso pudo hurtarle la atención el divisar desde muy lejos, por la carretera, un bulto negro que se aproximaba... Más que los ojos los reconoció su corazón... Era Claudio Lorenzal, que venía a recogerla como otros días para el paseo de la tarde...

—¡Uf, qué descuidada soy! ¡Y todavía estoy sin arreglar!

—¡María!—llamó desde la ventana a la guardesa—, el señorito viene. Dígale que se aguar-



de en el jardín, que voy a arreglarme en un minuto...

Cerró el ventanal y corrió a la alcoba, ávida de corroborar su belleza para recreo y placer del bienamado...

III

—¿Y la señorita?—preguntó Claudio Lorenzal.

—Espere un momentito, que en seguidita baja de arreglarse—dijo la guardesa—. Tan y mientras, yo me acerco al molino, que tengo que recoger un costal...

Se fué la mujer, y Claudio permaneció un momento indeciso, comprobando que la campesina se alejaba en dirección al molino... Admiró la confianza o la excesiva complicidad de esta mujer, que así lo dejaba solo en la quinta mientras Alicia estaría arriba, quizás desnuda.

El espolazo de un deseo súbito le hizo vibrar. ¿Y si subiera ahora a sorprender en su intimidad a la novia confiada?

Dió dos pasos hacia la puerta, y ya alzaba el pesado cortinón de cordelillo que defendía el portal de los insectos que merodeaban por las parras, cuando se detuvo, reaccionando.

—No—desechó—. Sería un abuso injusto... La dulce Alicia se rendía tan dulcemente a él, con tan inefable confianza, que fuera indigno romper la pureza de aquel idilio con una sorpresa violenta.

—¡Qué respetuoso me estoy volviendo!—comentó para sí—. ¿Estaré en verdad enamorado de esta chiquilla?

Y permaneció reflexionando en aquellas relaciones por tan inesperado modo comenzadas... No; no era el amor, la pasión arrolladora y ardiente, palpitación de infinito que trastorna y magnifica la vida, lo que le unía a su novia... Era, mejor, la blandura dulce de verla tan niña y tan indefensa, de sentirla tan rendida a él, lo que le interesaba... Y era también—y al pensarlo se nublaban sus pupilas con sombras melancólicas y dolorosas—ansias de paz, de olvido, de bálsamo de cariño para su corazón de aventurero herido por un amor.

El trepidar de un auto y unos bocinazos ásperos y enérgicos como de llamada, le sacaron de su abstracción.

Un magnífico automóvil de camino, blanco de polvo, acababa de detenerse ante la quinta...

Abrióse la portezuela antes de que el mecánico acudiera a ella, y una figura de mujer, alta, esbelta, envuelta en un largo guardapolvo y tocada con un sombrero pequeño de espeso velo azul, se apeó del coche, y con paso decidido franqueó la verja de la quinta.

Claudio, saliendo de debajo del parral, acudió, destocándose, al encuentro de la visitante, que descubriéndose el rostro, gritó con argentina voz:

—¡Alicia! ¡Hija!...

Claudio Lorenzal no pudo dar un paso más. Al pie del emparrado quedó inmóvil, súbitamente lívido, desorbitadas las pupilas, mientras con ronca voz gutural exclamaba:

—¡Clotilde!

La viajera se le quedó mirando, y en seguida, con un ademán de sorpresa y un gesto de alegría, avanzó hacia él.

—¡Juan Antonio! ¡Tú aquí! ¿Pero no está mi hija...? Yo llego sin avisar...

—Sí—respondió el hombre—. Está.

—¿Y tú la conoces?

Se la quedó él mirando al rostro, que el aire del camino había arrebolado con magníficos carmines, y contestó, estudiando el efecto de su respuesta:

—Sí, la conozco. Es mi novia.

Un momento quedó suspensa Clotilde. Pero en seguida, la frivolidad de su carácter se impuso a toda otra sensación, y se echó a reír:

—¡Ja!, ¡ja! ¡Chico, es pintoresco! Parece cosa de teatro, ¿verdad?

E inmediatamente, respondiendo como de costumbre a la impresión última, pareció hasta olvidarse del objeto que allí la traía, y preguntó:

—Pero dime, hombre, ¿qué ha sido de tu vida? Parece que te tragó la tierra... Cuenta, cuenta...

Juan Antonio respondió gravemente:

—Ya tú sabes cómo terminó mi duelo... Maté al marqués. Dijeron de mí que fuí traidor; que disparé antes de tiempo... Te juro que no; le maté cara a cara, en el mismo momento que él tiraba sobre mí... Sentí su bala pasar rozándome la mejilla... Yo le acerté en el corazón... Mi odio tuvo buena puntería... Luego me escondí... Cuando supe que la familia me denunciaba como asesino, cuando los padrinos, por halagar a la gente, se pusieron también contra mí, huí a América... Allí he dado muchos tumbos... En siete años he hecho de todo, hasta fortuna. Ahora volví a España; tomé otro de mis nombres de pila y el apellido de mi madre... En vez de Juan Antonio Gonzálvez me llamo Claudio Lorenzal... No quise ir a Madrid, necesitaba reposo, y me vine aquí... Esto es todo...

—Eso—le dijo como en reproche—, y que has enamorado a mi hija... Claro, ¡quien quiere al tronco quiere a la rama!

Se acercó a él, felina, taimada, con una luz

ardiente en las magníficas esmeraldas de sus ojos, y le preguntó, trémula, con un súbito arranque de celos:

—Dime, ¿la quieres tanto como a mí?

Como al contacto de una chispa eléctrica vibró el hombre bajo aquella verde mirada de pasión.

—No—barbotó con ronco acento—. Tú sabes que yo no puedo jamás querer a nadie... Tenía que ser de tu carne y de sangre tuya una mujer para que yo la mirase...

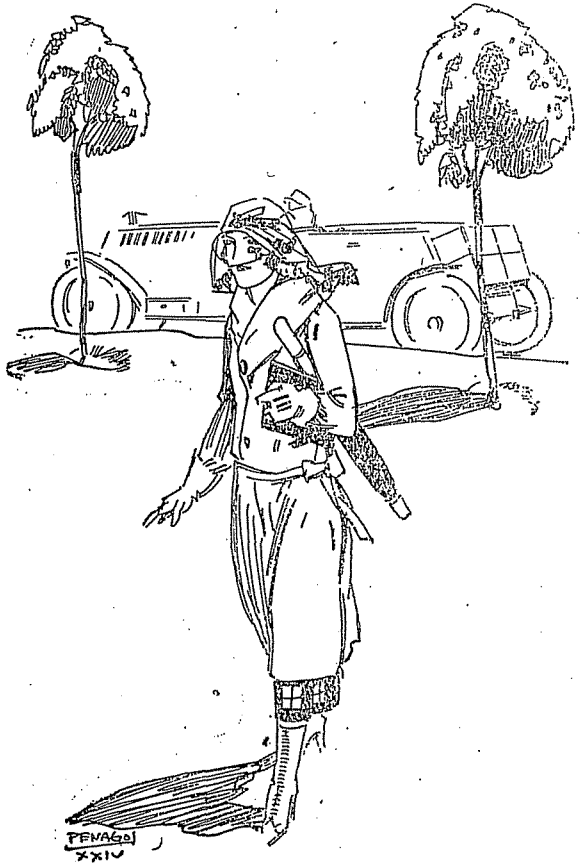
—Entonces, Juan Antonio, ¿me quieres todavía?

—Más que nunca, Clotilde, porque te había perdido... ¡Más que nunca! Por ti volvería otra vez a jugarme la vida y volvería también a matar.

—¡Chiquillo mío!—clamó Clotilde, tendiéndo instintiva los brazos.

Pero no pudieron juntarse al cuello del hombre...

Un chillido penetrante, un alarido extrahu-



mano de dolor, rasgo el quieto ambiente de la quinta.

—¡Mi hija! ¡Mi hija!—clamó Clotilde.

—¡Alicia!—gritó Juan Antonio, precipitándose, seguido de ella, hacia la puerta.

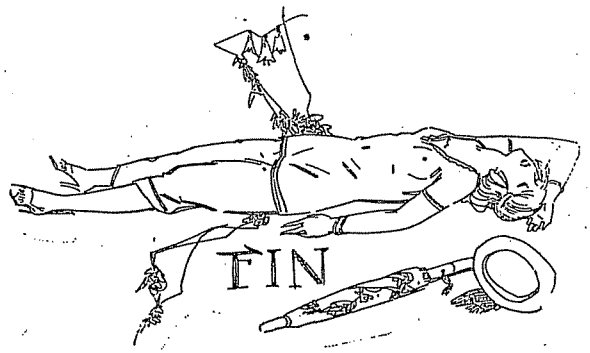
Apenas alzó el pesado cortinón, la vió en el suelo, rígida, inmóvil, vestida con su traje de paseo.

Se arrodilló ante ella, y le auscultó el pecho.

Alicia permanecía inerte... La hija de la cortesana no pudo resistir el brutal choque con que nuevamente el pasado infame venía a destrozarle lo mejor de su corazón... El corazón de la virgen había dejado de latir, asesinado por la madre pecadora, que, fatalmente, le robaba todos sus amores.

El Caballero Audaz

Madrid, 31 de agosto de 1923.



12 F

LA NOVELA DE NOCHE



SUCES.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.